



La gestión integrada del territorio para la sostenibilidad del desarrollo

Rafael Colmenares

Corporación Ecofondo
Colombia

De la gestión y su territorio

La gestión integrada del territorio con el objetivo de avanzar en la “promoción de la gestión del conocimiento y el intercambio de experiencias que favorezcan la visibilidad de las iniciativas más innovadoras y la cooperación en el desarrollo de alternativas que nos acerquen a la sostenibilidad”, tal como EIMA IV se ha propuesto abordarla, constituye un tema de la mayor importancia. Por lo mismo, conviene precisar el sentido de los términos que ese propósito involucra.

Así, el término “gestión” alude a una intervención premeditada en un aspecto determinado de la realidad, cuyos alcances pueden ir desde la transformación de situaciones que consideramos indeseables hasta la mera administración de una situación existente. Calificar como “integrada” a esa gestión, a su vez, implica el propósito de que la acción a emprender se corresponda con una cierta valoración del objeto a gestionar. En esa perspectiva, finalmente, el territorio designa un espacio físico ocupado por una serie de elementos cuya articulación se rige por las leyes de los ecosistemas, es decir, transformación y flujo de energía a través de seres vivos que se organizan en cadenas tróficas y que habitan u ocupan un lugar o biotopo, conformando comunidades de vida o biocenosis.

Sin embargo, al abordar ese espacio como problema de gestión, se expresa el hecho de que una de esas especies – la nuestra - ha transformado de manera incesante y a todo lo largo de su desarrollo las comunidades de vida de las que ha dependido para existir, creando para ello una plataforma tecnológica, una organización social y política y un sistema de representación simbólica de si misma y del proceso de su propio desarrollo – esto es, una cultura. De este modo, la noción de territorio implica, además del espacio físico y la comunidad viviente que lo ocupa, una construcción social y cultural. Esto nos conduce, así, a la hermosa formulación plasmada por Leonardo Boff en la *Carta de la Tierra*:

La humanidad es parte de un vasto universo en evolución. La tierra, nuestro hogar, está viva como una comunidad de vida única. Las fuerzas de la naturaleza hacen de la existencia una aventura exigente e incierta, mas la tierra provee las condiciones esenciales para la evolución de la vida. La capacidad de recuperación de la comunidad de vida y el bienestar de la humanidad dependen de la preservación de una biosfera saludable, con sus sistemas ecológicos, una rica variedad de plantas y animales, suelos fértilles, aguas puras y aire limpio. El medio ambiente global con sus recursos finitos debe ser una preocupación común a todas las personas. La protección de la vitalidad, diversidad y belleza de la tierra es un deber sagrado.

América Latina como territorio de gestión

La América que llamamos Latina ha sido objeto de vastas transformaciones por la especie humana durante al menos treinta mil años. Durante la inmensa mayor parte de ese período, las culturas indígenas se forjaron en una lenta adaptación a las dificultades y las oportunidades que ofrece la asombrosa variedad de zonas de vida de esta región. A raíz de la conquista europea, sin embargo, ese proceso desembocó abruptamente en lo que el filósofo colombiano Augusto Ángel ha denominado “un neolítico abortado”, que abrió paso a circunstancias totalmente distintas en la relación de los humanos entre sí, y con su entorno natural.

Esas nuevas circunstancias, por ejemplo, han tendido a una homogenización del paisaje que se contrapone a la diversidad característica de los ecosistemas latinoamericanos. Esa homogenización ha tenido y tiene como vehículos especies

vegetales y animales en su mayor parte introducidas del siglo XVI – desde el ganado bovino, la caña de azúcar y el café, hasta la soja y la palma aceitera africana -; la explotación minera; la economía de plantación; la explotación industrial de los recursos pesqueros, y la extracción de especies consideradas exóticas en los países del primer mundo (peces ornamentales, loros, simios y serpientes, entre otras) o las pieles de las especies sacrificadas (caimán, nutria, tigrillo, etc). El resultado mayor de ese vasto proceso ha sido un empobrecimiento de los ecosistemas latinoamericanos, que ha pasado a convertirse en un factor de primer orden en la historia ambiental de la región.

Períodos y consecuencias

La conquista europea inaugura una etapa en la historia ambiental de América Latina signada por vastos procesos de *deforestación* - particularmente agudos en las Antillas debido a la demanda de maderas para la construcción de embarcaciones y a la habilitación de tierras para plantaciones -, en el entorno de nuevos centros urbanos y mineros que requerían abundante madera como combustible y como material de construcción. El mismo proceso, agudizado de mediados del siglo XX a nuestros días, afecta todos los espacios ocupados por la selva húmeda tropical latinoamericana, desde Mesoamérica hasta el Chocó biogeográfico y la Amazonía.

La *desección* ha sido otro proceso altamente devastador en toda Latinoamérica. Un caso emblemático es el drenaje del lago Texcoco, donde estuvo emplazada Tenochtitlán, la ciudad más grande del mundo en el momento de su conquista por Hernán Cortés, comunicada con tierra mediante calzadas y sostenida por una agricultura de huertos flotantes. De 1608 acá, la creación del Valle de México ha requerido construir cuatro túneles para drenar las aguas del lago y sus tributarios, en un proceso que no ha concluido aún, ni ha librado a la ciudad de las inundaciones, y ha agudizado en cambio los problemas de abastecimiento de agua en un área intensamente urbanizada que hoy aloja a más de 20 millones de personas en menos de siete mil kilómetros cuadrados.

La introducción de la ganadería extensiva y el paso a una agricultura de monocultivo, complementada por tecnologías de impacto muy superior a las del neolítico y que aprovechaba la abundancia de tierra como una ventaja comparativa, ha contribuido a generalizar la *erosión y la degradación de los suelos*. Esto, a su vez, ha contribuido a generar y preservar en toda la región un proceso constante de *disminución de la diversidad y simplificación del paisaje*, amplificado tras la segunda guerra mundial por el empleo creciente de agrotóxicos y plaguicidas. A esto se suma, hoy, la creciente amenaza que plantea la introducción de los transgénicos, tanto a la diversidad de especies como a la economía campesina, enfrentada a la necesidad de pagar patentes por el uso de variedades mejoradas que desplazan a las locales, ancestralmente cultivadas.

La *contaminación*, compañera constante de la minería, la industria y la urbanización desordenada, constituye otro factor de degradación de los territorios latinoamericanos desde el siglo XVI. Ya en el siglo XX, la exploración y extracción de petróleo, oro, plata, platino, carbón, hierro, cobre, níquel, estaño y muchos otros minerales ha generado gran destrucción de los ecosistemas y una alta contaminación del aire, la tierra y los principales sistemas hídricos de la región. Hoy, a la tendencia a la “reprimarización” de la economía latinoamericana, que conduce a una nueva expansión de las actividades encaminadas a la extracción masiva de la fertilidad y las materias primas terrestres y acuáticas en amplios segmentos de la región, se agregan los problemas derivados del incremento de la demanda de estupefacientes en los países del llamado primer mundo, que estimula el incremento del cultivo de plantas como la marihuana, y después de coca y amapola en los países andinos. En Colombia, por

ejemplo, a la devastación provocada por dichos cultivos en las selvas tropicales y las laderas andinas se añade la generada por la práctica de combatirlos mediante la fumigación aérea con agentes tóxicos de gran potencia, que afectan gravemente otras especies tanto silvestres como plantadas para consumo de la población campesina. El censo satelital del Sistema de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (Simci) y la Agencia de Drogas y Crimen de la ONU¹, indica que tras fumigar durante un año casi 140.000 hectáreas y erradicar manualmente otras 30.000, existe en el país una superficie dedicada a cultivos de coca mucho mayor.

Las características sociales y políticas de la ocupación del territorio

Las situaciones antes descritas constituyen el resultado de procesos de largo plazo, que han venido operando en la región a través de diversas formas de organización del poder estatal, desde la colonial sujeta a monarquías metropolitanas entre los siglos XVI y XIX, hasta las repúblicas independientes del presente. Hoy, la región atraviesa por una situación de enorme tensión entre el debilitamiento de los Estados y la soberanía nacional, a consecuencia de la globalización, y la reacción progresiva de amplios sectores sociales que se resisten a los esquemas comerciales tipo ALCA y TLC y otras formas de imposición de los centros de poder global. En ese marco, lo ambiental – considerado hasta la década de 1990 como un problema eminentemente técnico y económico – ha pasado a convertirse en un importante tema de acción social y debate político.

Las intervenciones humanas en los territorios de la región entre los siglos XVI y XX transformaron profundamente la Cuenca del Gran Caribe, la Zona Andina, la Cuenca del Plata, la Costa Atlántica del Brasil y el Sur del Brasil. Hoy, pasan a primer plano los problemas planteados por el “desarrollo” de territorios hasta ahora relativamente conservados, y los de la reestructuración de los altamente intervenidos. Este desafío es abordado de maneras diferentes de acuerdo con los diversos actores nacionales, regionales e internacionales involucrados.

En lo que hace a las macro - regiones subsistentes, podemos considerarlas como territorios de expansión que reclaman una genuina gestión integrada, orientada hacia la conservación y el uso sostenible, que a su vez provea experiencias y recursos indispensables para la reestructuración de los territorios ya deteriorados. Así, al nor – oriente de Suramérica se encuentra una macro – región integrada por tres grandes cuencas.

En primer lugar, la cuenca del Amazonas, de gran importancia por las riquezas de sus recursos naturales, su enorme biodiversidad y por la abundancia de agua. Abarca 6.879.761 km², comprende territorios de Brasil, Perú, Colombia, Bolivia, Ecuador y Venezuela, y viene siendo sometida a una intensa incorporación a la producción forestal y agropecuaria particularmente en el Brasil, lo cual pone en riesgo el frágil ecosistema de selva húmeda tropical que le es característico. Sigue en importancia la cuenca del Orinoco con 1.032.524 km², que comprende territorios de Colombia y Venezuela, se interconecta con la del Amazonas a través del canal de Casiquiare que une el alto Orinoco con el alto río Negro, y en general se encuentra mucho menos intervenida que la del Amazonas. Por último, la cuenca Guayasense de 356.396 km² de superficie, incluye los ríos Essequibo, Cuyaní, Corentyne, Maroní y Oiapoque, y se encuentra mucho menos intervenida que las dos anteriores.

Al nor – occidente de Suramérica se encuentra el Chocó Biogeográfico, territorio de considerable extensión comprendido entre la cordillera de los Andes y el Océano Pacífico, que abarca territorios de Ecuador, Colombia y Panamá. El ecosistema

¹ Véase editorial del periódico “El Tiempo” de Bogotá de fecha 30 de Abril de 2006

dominante, la selva húmeda tropical, presenta altísimos niveles de pluviosidad y es surcado por ríos muy caudalosos, de recorrido corto, entre los que se destaca el Atrato, el de más extensión y que atípicamente desemboca en el mar Caribe. El nivel de intervención antrópica es moderado, y persisten con subregiones todavía en muy buen estado de conservación.

En Centro – América encontramos extensas zonas cubiertas de selva y bosques especialmente en el Petén, que comparten Guatemala, Belice y México, en la península Yucatán y en la zona montañosa de Chiapas. Aunque no existen grandes ríos, destaca el Usumacinta de importante recorrido desde su nacimiento en Guatemala hasta su desembocadura en el Golfo de México. Aunque el nivel de intervención en esta macro – región es más elevado que en las anteriores, aún puede considerarse un territorio de expansión. Por último, la Patagonia argentina y la Antártida constituyen macro – regiones prácticamente intocadas, salvo por la caza de mamíferos marinos, la cría extensiva de ovinos y la pesca en gran escala. El resto del territorio Latinoamericano, altamente intervenido y de nuevo sometido a procesos de reestructuración, aún conserva remanentes de sus ecosistemas originales y presenta abundancia de agua, aunque con diversos grados de contaminación.

Recursos aún abundantes: biodiversidad y agua

Los ecosistemas característicos de los territorios latinoamericanos aún contienen una enorme biodiversidad y una gran cantidad de agua pese a la forma destructiva en que en general han sido utilizados. Así, América Latina posee el 69% de las plantas vasculares; el 67,9% de los mamíferos; el 42,62% de los reptiles; el 60,16% de los anfibios y el 71,64% de los vertebrados, excepto peces.² El porcentaje de endemismos para cada una de las categorías anteriores está en promedio por encima del 35%, lo cual indica la importancia y el enorme riesgo que implicaría la destrucción de los ecosistemas que contienen dicha biodiversidad.

Esta diversidad de especies está asociada, además, a la de los ecosistemas que las sostienen, y que van desde las nieves perpetuas hasta la selva húmeda tropical, pasando por diversos tipos de bosque, según la altitud e incluyendo la zona templada al sur. Dos de las zonas de vida latinoamericanas, los Andes Tropicales y la Amazonía contienen el 30% de las especies de aves del mundo y en las demás categorías antes mencionadas los porcentajes, en promedio, superan el 20%. Además según la *Evaluación de Recursos Forestales Mundiales 2000* de la FAO, el 50.5% del territorio de Suramérica está aún cubierto por bosques naturales.

En cuanto al agua América Latina, con el 12% de la población mundial, encierra el 47% de las reservas de agua potable de superficie y subterránea del mundo. La zona Andina y la Amazonía poseen el 20% de las reservas mundiales de agua dulce. En materia de agua subterránea destaca el Acuífero Guaraní que se extiende por las cuencas de los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay, con una superficie aproximada hasta la fecha de 1.194.000 kilómetros cuadrados de los cuales 839.000 corresponden a Brasil, 226.000 a Argentina, 71.700 a Paraguay y 59.000 a Uruguay.

Sin embargo la situación latinoamericana encierra una paradoja. El agua es abundante, sin duda. Pero al propio tiempo, como lo señala por ejemplo el estudio *Perspectivas del medio ambiente mundial GEO 3*, del PNUMA, gran parte de la población

² Véase cuadro No. 1, elaborado por Mariela Osorno, Bióloga de la Unidad Técnica de Ecofondo, con base en Mittermeier, RA., N. Myers, P. Robles Gil & C.G. Mittermeier. 1999. Biodiversidad Amenazada: Las Ecoregiones terrestres prioritarias del mundo. CEMEX. Conservación Internacional., y en Mittermeier, RA., C.G. Mittermeier, P. Robles Gil, J. Pilgrim, G Fonseca, T. Brooks & W.R. Konstant. 2002. Areas Silvestres. Las últimas regiones vírgenes del mundo. CEMEX. México.

pobre “tanto en zonas rurales como metropolitanas no tiene acceso a agua limpia ni a servicios de saneamiento (WWC 2000). En 1995, el 27 por ciento de la población no estaba conectada a la red doméstica de abastecimiento de agua o no podía acceder a ella fácilmente. Ese mismo año, el 41 por ciento del agua no estaba tratado y el 31 por ciento de la población no contaba con servicios de alcantarillado (PAHO 1998). Para el año 2000, el 85 por ciento de la población había obtenido un mejor abastecimiento de agua y el 78 por ciento tenía cobertura de servicios de saneamiento, pero eso todavía significaba que 78 millones de personas no tenían acceso a un mejor abastecimiento de agua y que 117 millones no recibían servicios mejorados de saneamiento (WHO y UNICEF 2000). Existen también grandes disparidades entre las zonas rurales y las urbanas. Los desastres naturales agregan un factor inesperado que puede menoscabar seriamente los esfuerzos para mejorar los servicios de agua y saneamiento.

Procesos de sostenibilidad y procesos de insostenibilidad

La conformación del territorio latinoamericano expresa el encuentro, articulación y enfrentamiento de diversas visiones y prácticas. Si bien la conquista y la colonia supusieron el avasallamiento y destrucción de las culturas indígenas, muchas de sus costumbres y prácticas subsistieron y fueron retomadas a lo largo del tiempo. Hoy asistimos a un renacer inusitado de los pueblos indígenas latinoamericanos, al cual se une la población afrodescendiente, muy numerosa en el norte del subcontinente y mayoritaria en las Antillas y en el Brasil. Igualmente está en alza la resistencia de la población campesina mestiza, mientras nuevos movimientos urbanos propugnan por otro tipo de ciudad y un reencuentro con la región y el reciente pasado rural de gran parte de la población.

Estos procesos contienen, en germen, nuevos modelos sostenibles de ocupación y uso del territorio, provenientes de la sociedad civil. Ellos expresan, de este modo, las tensiones que provocan las amenazas inherentes a los procesos de insostenibilidad, que siguen siendo dominantes. En el marco de estas tensiones, destacan rasgos como los siguientes:

- *La revalorización de las culturas autóctonas y sus formas de organización social, territorial.* La recuperación de prácticas ancestrales de cultivo por las comunidades y su encuentro con la propuesta agroecológica para restablecer la armonía con los ecosistemas en el campo de la producción agropecuaria, incluye además la demanda de otorgar prioridad a la seguridad y soberanía alimentarias frente a la producción para los mercados y el escalonamiento de estos en local, regional, nacional y solo eventualmente mundial. Frente a estas demandas, los monocultivos que utilizan intensivamente productos agro tóxicos siguen siendo dominantes en el campo latinoamericano, en particular la soja y la palma africana o aceitera. Según el Boletín *Pesticides News* Nº 68 (junio de 2005) de Pan-Europa, las ventas de agro tóxicos en América Latina se elevaron en un 25% en el 2004, con incrementos en Brasil del 7% y en Argentina del 11% respecto de 2003. Otra amenaza la constituyen los cultivos transgénicos, que en el 2004 ocupaban 3.3 millones de hectáreas. Estados Unidos aparece con la mayor área, y entre los trece países que lo siguen el segundo es Argentina, el cuarto Brasil, el sexto Paraguay, y el noveno Uruguay. En el puesto trece figura España. El 61% del mercado latinoamericano lo comparten tres compañías europeas, Bayer, Syngenta y Basf.
- *El remozamiento de la ancestral lucha por la tierra, buscando equidad frente a la concentración de la misma en unos pocos propietarios.* La reforma agraria de la década de 1960 fue impulsada en toda América Latina como forma de prevención

frente a la amenaza de una extensión de la Revolución Cubana y luego fue abandonada. Hoy viene siendo retomada desde los movimientos sociales con nuevos parámetros, que atienden no solo a la redistribución sino a un reordenamiento territorial con sentido de afianzamiento cultural autóctono y con perspectiva de producción sostenible y adecuada a las características del medio. Expresiones de esta tendencia son el movimiento indígena de Chiapas, la titulación de territorios colectivos a comunidades negras y la ampliación de resguardos indígenas en Colombia, y el movimiento de recuperación de tierras que adelanta el Movimiento Sem Terra, en Brasil, entre otros. Sin embargo la tierra sigue estando altamente concentrada en América Latina, como lo demuestran los índices de Gini para los diferentes países.

- *La resistencia a la privatización del agua; a la construcción de nuevas represas ligada a dicha privatización; a la generación de energía mediante megaproyectos y al incremento de la navegabilidad por los ríos en una perspectiva de interconexión en función del mercado mundial.* A pesar de los reveses sufridos por las empresas multinacionales en países como Bolivia, Argentina y Uruguay, la privatización del agua continúa siendo promovida por el Banco Mundial y avanza en varios países latinoamericanos, entre ellos Colombia, en donde el servicio público de acueducto se ha privatizado en ciudades importantes como Cartagena (Acuacar – Aguas de Barcelona – Suez), Barranquilla, Santa Marta (Canal de Isabel II) y Montería (Vivendi). El III Encuentro de la *Red Latinoamericana contra las Represas y por los Ríos, sus Comunidades y el Agua*, realizado del 17 al 21 octubre de 2005 en Cobulco, Baja Verapaz, Guatemala, ayuda a entender las dimensiones de esta confrontación. Sus propósitos incluyen evitar la ejecución en Chile de 40 grandes presas y otros 15 proyectos; en Brasil, 494 grandes y 942 pequeñas represas y evitar la expulsión de otro millón de brasileños de sus tierras; en Panamá, de 95 proyectos; en Honduras, de 45 proyectos, y en México de otros 45.

Se resiste también a la implantación de procesos industriales de transformación de materias primas altamente lesivos de los ecosistemas. Tales son los casos de la empresa Celulosa Arauco y Constitución (Celco) principal responsable del desastre ambiental que afectó al santuario de la naturaleza "Carlos Anwandter" del río Cruces en Valdivia, según lo estableció oficialmente un informe de la Universidad Austral de Chile el año pasado, y del conflicto que actualmente viven Argentina y Uruguay debido a la construcción en este último país de dos plantas de celulosa por parte de las empresas europeas Botnia y Ence.

En estos casos han surgido movimientos ciudadanos que se oponen al deterioro ambiental y la contaminación. Estos nuevos movimientos han desbordado ya los límites del accionar de los primeros movimientos ecologistas de la región, para hacer de lo ambiental un problema de las relaciones entre la ciudadanía y el Estado.

Políticas e instituciones ambientales estatales

Sistemas Ambientales Nacionales.

En acuerdos con sus sociedades, y a veces en confrontación con ellas, los Estados Latinoamericanos impulsaron y/o revitalizaron a partir de la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro en 1992, políticas de Desarrollo Sostenible, Ordenamiento Territorial y protección de ecosistemas a través de Parques Nacionales y otros tipos de Reservas. Aunque el sector ambiental estatal latinoamericano había empezado a conformarse a partir de la Conferencia de Estocolmo sobre Medio Ambiente Humano (1972), fue a partir de Río 92 que las instituciones ambientales encargadas de la protección ambiental adquieran mayor jerarquía dentro de la estructura del Estado y se orientan a objetivos más y mejor definidos.

Además de adecuar el aparato administrativo sectorial con diversos grados de transversalidad hacia competencias de otras entidades del Estado, remozar la legislación ambiental y adecuar sistemas de información ambiental, se avanza en el diseño de políticas ambientales nacionales que abordan temas como estrategias para la conservación, restauración y uso sostenible de la biodiversidad; protección de bosques y reforestación; protección de fuentes de agua y zonas marinas y costeras; control y reducción de la contaminación en sus diferentes manifestaciones particularmente la hídrica y la atmosférica; manejo de residuos sólidos y desechos peligrosos; fomento al uso de tecnologías limpias y finalmente abordaje del problema ambiental urbano, cuya importancia empieza a reconocerse. Otro rasgo característico es el diseño e inicio de la implementación de instrumentos económicos para la gestión ambiental: por ejemplo, las tasas retributivas y compensatorias por el uso y deterioro de elementos del ambiente como el agua.

Sin embargo, en la medida en que la euforia de Río de Janeiro se va diluyendo y la iniciativa de la agenda internacional se centra en la OMC y en los temas comerciales en general, la gestión ambiental oficial tiende a debilitarse en América Latina. Así fue constatado por seis ex – Ministros de Medio Ambiente Latinoamericanos reunidos el 6 y 7 de Noviembre de 2004 en Bogotá en el *Seminario Internacional sobre la Política Ambiental en América Latina y el Caribe*, organizado por el Foro Nacional Ambiental, que llegó a conclusiones como la siguiente: “Desde principios de esta década se ha presentado un retroceso de la gestión ambiental en los países de la región. Muchos de los logros alcanzados en materia de institucionalidad y políticas ambientales están siendo echados para atrás. De mantenerse esta tendencia se hará más lejana la posibilidad de colocar a los países de la región en la senda del desarrollo sostenible.”

Las excepciones pueden ser Cuba y Venezuela. La primera ha mantenido una línea de acción consistente para el control de la contaminación, como cierre y traslado de industrias y adopción de tecnologías limpias, ha incorporado la educación ambiental a todos los niveles de su población. La segunda viene dando un alto perfil a su gestión ambiental, ha sido audaz en la protección del recurso pesquero y la pesca artesanal, ha incorporado la dimensión ambiental a la reforma agraria y ha fortalecido su sistema de Parques Nacionales Naturales.

Ordenamiento Territorial.

El ordenamiento territorial latinoamericano ha estado fuertemente influido por la urbanización que se produjo de manera acelerada después de la segunda guerra mundial y que para el siglo XXI concentra en las ciudades a más del 70% de la población. La urbanización ha sido poco planificada, y es más el resultado de un crecimiento a veces súbito de la población que de un traslado paulatino del campo a la ciudad. De allí resultan

los cinturones de miseria que concentran una gran población marginada y la segregación típica de las ciudades latinoamericanas, entre las cuales se cuentan hoy dos de las megalópolis del planeta: Sao Paulo y Ciudad de México.

El ordenamiento territorial ha surgido como respuesta a lo anterior, a partir de esquemas y experiencias aún pendientes de estudio. En Brasil existen dos experiencias muy interesantes con enfoques distintos: Curitiba con un enfoque básicamente tecnocrático, y Porto Alegre, con un enfoque participativo. Ambas registran resultados importantes en materia de transporte, saneamiento básico, suministro de agua potable, y ocupación mas adecuada del territorio, incorporando zonas verdes y otros servicios ambientales.

Hoy en día el ordenamiento territorial latinoamericano enfrenta las demandas de una globalización que responde fundamentalmente a las exigencias del comercio mundial. La gestión ambiental oficial tiende a flexibilizar controles y la planeación misma, en función de una competitividad entendida como facilitación de las condiciones para la inversión extranjera, al tiempo que intereses locales aprovechan para valorizar las tierras urbanas mediante la inversión pública.

En este marco, la sociedad civil se abre paso con sus propias propuestas ante problemas de diverso orden que no son atendidos por las entidades del Estado. Una de las más novedosas es la agricultura urbana, que cobró fuerza en las ciudades cubanas a raíz de la crisis que supuso el corte abrupto de suministros proveniente de la extinta Unión Soviética. Hoy, se agregan otras experiencias, entre las que destacan las de Ciudad de México, Rosario (Argentina) y ciudades mas pequeñas como Cuenca en Ecuador y Santiago de los Caballeros en República Dominicana. Las numerosas experiencias ocurridas en la región se agrupan en la Red Águila que cuenta con 105 organizaciones de 18 países. La agricultura urbana, además de transformar el paisaje de la ciudad, crea novedosas redes sociales y afianza alternativas populares frente a serios problemas de seguridad alimentaria los cuales, si bien no puede resolver, mitiga significativamente.

Áreas Protegidas y Reservas.

La necesidad de proteger ecosistemas de especial importancia y conservar muestras significativas de los mismos ha llevado a establecer Áreas Protegidas, de diversas categorías³. Según el *Global Environmental Outlook* (GEO) del ONUMA, el número de estas áreas protegidas pasó de 3.600 en 1990, a 4.185 en 1995 y a 4.713 en 2006. El área actual de dichos sitios asciende a 401.482.671 hectáreas. A ellas se agrega la constitución voluntaria de áreas protegidas que en Colombia, donde se denominan "Reservas Naturales de la Sociedad Civil", abarcan ya 50.000 hectáreas. Aunque no se cuenta con un dato consolidado de su superficie en América Latina el hecho de existir esta figura en casi todos los países hace presumible que sea considerable, aunque mucho menor que las de carácter estatal.

Aun así, esta protección se ve amenazada por diversos factores, entre ellos la colonización y, en el caso colombiano, por el cultivo de coca. Para no verse disminuida en sus alcances, la política de áreas protegidas debe ser acompañada de un manejo sostenible aun más allá sus límites, de modo que no terminen convertidas en islas en medio de la devastación.

³ Para la UICN estas categorías son Ia: reserva natural estricta; Ib: área silvestre protegida; II: Parque Nacional; III: Monumento natural; IV:.....; V:.....VI:.....

La cooperación internacional

Numerosas experiencias de los movimientos sociales y étnicos en América Latina han sido apoyadas por la cooperación internacional proveniente tanto de la sociedad civil europea, norteamericana y canadiense como de los Estados. Los Estados europeos, en particular, han mantenido una actitud de respeto hacia la autonomía de los movimientos sociales latinoamericanos.

En el caso colombiano es particularmente significativa la experiencia de Ecofondo, una organización no gubernamental compuesta por organizaciones sociales, comunitarias, étnicas y no gubernamentales ambientalistas. Esto le ha permitido gran autonomía y legitimidad en la identificación de prioridades ambientales nacionales y regionales que aplica al evaluar los proyectos que apoya y, por otra parte, ha estimulado la canalización de recursos nacionales provenientes de los entes territoriales locales y regionales y de las propias comunidades mediante el aporte de contrapartidas, en un esquema de cofinanciación

En un diálogo respetuoso con las agencias de cooperación, Ecofondo ha cofinanciado 441 proyectos en todo el país a lo largo de doce años. Estos proyectos enfocados desde tres ejes temáticos (gestión en áreas silvestres, en agroecosistemas y en asentamientos urbanos) han permitido apoyar procesos tan importantes como la titulación colectiva, la planificación y el uso sostenible de territorios a comunidades afrocolombianas e indígenas (en suma representan el 25% de la superficie del país); la reconversión de sistemas productivos de comunidades campesinas orientadas hacia la agroecología y el manejo de residuos urbanos y la recuperación de espacios naturales suburbanos, por ejemplo los humedales. Todo esto ha contribuido a fortalecer a la sociedad civil que actúa en el campo ambiental, y a inspirar un reordenamiento territorial más acorde con la lógica de los ecosistemas colombianos.

Las posibilidades de una gestión integrada del territorio

En la actualidad, coexisten en América Latina tres tendencias en pugna, aunque articuladas, en materia de gestión territorial. La primera de esas tendencias busca articular el territorio de la región en función de los intereses comerciales y las orientaciones de los organismos financieros internacionales, sin considerar los riesgos que ello entraña para la sustentabilidad social y ambiental. Así, por ejemplo, la “Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana” (IIRSA) implica, de acuerdo a Gabriel Herbas Camacho y Silvia Molina, “el establecimiento de una visión geográfica y económica integrada de la región”, que procura la “organización del espacio sudamericano en franjas multinacionales concentradoras de los flujos de comercio actuales y potenciales que convergen hacia un estándar mínimo común de calidad de servicios de infraestructura de transportes, energía y telecomunicaciones”. El IIRSA toma como plan de trabajo siete “procesos sectoriales” que combinan sistemas de transporte multimodal, aéreo y marítimo; sistemas de información y comunicaciones, sistemas de integración energética y finalmente los instrumentos financieros correspondientes, todo ello con el propósito de nueve ejes territoriales: 1) Escudo Guayanés; 2) Amazonas; 3) Andino; 4) Perú – Brasil – Bolivia; 5) Interoceánico Central; 6) Capricornio; 7) MERCOSUR – Chile; 8) Andino del Sur y 9) Hidrovía Paraguay – Paraná. Mas allá de sus posibilidades de implementación, el plan expresa una visión que perpetuaría la tendencia a la articulación de los diversos países latinoamericanos en torno a los centros de poder extracontinentales, que incluiría entre sus consecuencias la devastación posiblemente definitiva de nuestros ecosistemas y culturas autóctonas.

Una segunda tendencia se expresa en los agrupamientos de países que se oponen a la integración en torno al ALCA o a los TLC. Esta tendencia ha acercado a

Cuba, Venezuela y Bolivia, y a los que inicialmente conformaron el MERCOSUR. Con diversos matices, estos agrupamientos buscan articularse en torno a la recuperación de recursos naturales estratégicos, la integración de mercados regionales y la búsqueda de mayor equidad en la integración al mercado mundial y, en algunos aspectos, rememora la propuesta de desarrollo inspirada por la CEPAL en las décadas de 1950 y 1960. La carta energética, en particular la petrolera, es el as que juega fuerte en el desarrollo de esta tendencia en la coyuntura actual.

Aunque esta tendencia se orienta hacia una mayor autonomía de la región y una mayor valoración de lo social, expresado en una enorme preocupación por reducir los niveles de pobreza y el déficit educativo, mantiene la visión del territorio como proveedor de recursos y tiene dificultades para plantearse la renovación de los sistemas productivos depredadores y su base tecnológica. Muestra de ello es el proyecto del Gasoducto del Sur, cuestionado por numerosas organizaciones ambientalistas latinoamericanas que advierten que: "La Construcción de un gasoducto de 8000 kilómetros, la instalación de decenas de plantas de compresión y de cientos de estaciones de válvulas, tendría desastrosas consecuencias ambientales debido a que implicaría inmensas deforestaciones de selva tropical amazónica, la remoción de grandes cantidades de tierra, apertura de caminos de acceso en sitios vírgenes, instalación de campamentos, posibles desalojos a poblaciones nativas y pueblos indígenas, la proliferación de enfermedades tropicales, etc., todo ello, facilitando el acceso de oleadas de depredadores e invasores que agravarían aun mas la destrucción que generaría la misma obra. Además, afectará el balance ecológico de ríos que serán atravesados por el gasoducto causando impactos adversos como el estancamiento de aguas, contaminación, y erosión. Las tuberías de hidrocarburos son inexorablemente proclives al desgaste y la corrosión sobre todo en ambientes húmedos tropicales como el Guayanés - Amazónico lo cual las convierten en un riesgo permanente a filtraciones y rupturas pudiendo crear una catástrofe de dimensiones inimaginables en el Amazonas, ocasionando una clara amenaza para Venezuela, Brasil y sus vecinos. El Gasoducto tendrá un costo entre 20 a 25 mil millones de US dólares y cruzaría casi 522 mil kilómetros de áreas prístinas de la región amazónica, hogar de 22 pueblos indígenas y una diversidad de riqueza biológica aun desconocida"

La tercera tendencia está representada por los movimientos sociales que plantean la construcción de sociedades sostenibles, recuperando, adecuando y potenciando ancestrales prácticas adaptativas a su carácter tropical, intertropical y subtropical y a las particularidades de las zonas templadas del sur. Sin duda, esta es la tendencia que presenta mayores retos, pues implica un cambio cultural de fondo. Pero es también la única que puede ofrecer una garantía cierta frente a la destrucción de los ecosistemas latinoamericanos y a la degradación social irreparable de nuestros países. En este aspecto, la colaboración de los Estados y en particular de las sociedades civiles europeas es fundamental, no solo fortaleciendo la cooperación internacional, sino cuestionando el papel de sus transnacionales y exigiendo que al menos apliquen en América Latina los mismos estándares ambientales y laborales que deben observar en Europa.

Un signo esperanzador de un encuentro creativo y fructífero entre la segunda y la tercera tendencia, indispensable para el futuro sostenible de América Latina es la "Declaración en Defensa de la Naturaleza y la Diversidad Biológica y Cultural" suscrita en Curitiba, Brasil el 20 de Abril de 2006. Allí, gobernantes encabezados por el Presidente de Venezuela Hugo Chávez e intelectuales, ambientalistas y líderes sociales como Eduardo Galeano, Joao Pedro Stedile, Miguel Altieri y Leonardo Boff, demandan "... pasar de una Sociedad de Producción Industrial, consumista e individualista, que sacrifica los ecosistemas y penaliza a las personas, destruyendo la socio-biodiversidad, a una

Sociedad de Sustentación de Toda la Vida, que se enrumbe por una vía socialmente justa y ecológicamente sustentable para vivir, cuide de la comunidad de vida y proteja las bases físico-químicas y ecológicas que sustentan todos los procesos vitales, incluidos los humanos".